

Buscando los orígenes en *El día señalado*: la agricultura como respuesta a la violencia

The search for origins in *El día señalado*: Agriculture as an answer to violence

Jaime A. Orrego*

Saint Anselm College, New Hampshire, Estados Unidos
<https://orcid.org/0000-0003-2310-8105>

Artículo de investigación

Fecha de recepción: 17 de septiembre de 2019

Fecha de aceptación: 17 de octubre de 2019

Para citar este artículo

Orrego, J. A. (2020). Buscando los orígenes en *El día señalado*: La agricultura como respuesta a la violencia. *Campos en Ciencias Sociales*, 8(1), 143-162. DOI: <https://doi.org/10.15332/25006681/5718>

RESUMEN

La novela *El día señalado* (1964), del escritor colombiano Manuel Mejía Vallejo, aborda con gran detalle el periodo de la Violencia, que se presentó con mayor intensidad entre 1946 y 1953. A pesar de haber sido publicada hace más de cincuenta años, esta novela aún es muy vigente porque

* Ph. D. en Literatura Latinoamericana. Correo electrónico: jorrego@anselm.edu

el autor antioqueño se sale del amarillismo tan presente en las obras de la época, en las que se representa la violencia política bipartidista con una literatura un tanto “copiosa” y “tendenciosa” de filiación partidaria, cuyo objetivo era legitimar las acciones de uno u otro partido. Para Mejía Vallejo es más importante adentrarse más en la psicología de los personajes, y analizar y comparar la violencia desde un punto tanto individual como colectivo. En *El día señalado*, el autor antioqueño nos presenta un espacio que subyuga a sus habitantes y no les deja otro camino que la violencia. Este sometimiento se logra involucrando a los personajes directamente con esta circunstancia, como es el caso del gamonal, la policía y los guerrilleros que viven en la montaña; o excluyéndolos, como es el caso de la gran mayoría de los habitantes que siguen lo dictado colectivamente por temor a la guerra. En efecto, en esta novela, algunos de sus personajes buscan en su interior situaciones pasadas que lograron crear una comunidad. Así, el párroco del pueblo crea un proyecto reforestador que no solo saca a los personajes del ocio y la violencia que se ha mantenido en el pueblo, sino que también sirve de alegoría para una Colombia que hoy, varios años después de haber firmado los acuerdos de paz con las FARC, ve cómo algunos de los excombatientes han encontrado, en sus orígenes rurales, una redención.

Palabras clave: acuerdos de paz, agricultura, FARC, *El día señalado*, Manuel Mejía Vallejo, antiviencia.

ABSTRACT

The novel *El día señalado* (The signalled day, 1964) of the Colombian writer Manuel Mejía Vallejo, addresses in great detail the period of La Violencia, which occurred with greater intensity between 1946 and 1953. However, despite having been published more than fifty years ago, this novel is still very valid, because the Colombian author leaves aside the sensationalism present in the works of the time, in which the bipartisan political violence was represented with a somewhat “copious” and “tendentious” literature of party affiliation whose objective was to legitimize the actions of one party or another. For Mejía Vallejo, it is more important to inquire deeper into the psychology of the characters and analyze and compare violence from both an individual and collective point of view. In *El día señalado*, the Colombian author presents a space that subjugates its inhabitants, and leaves them no other way out but violence. This subjugation is achieved by involving certain characters directly with violence, such as the town’s chief, the police, and the guerrillas who live in the mountains; or excluding them, as it is the case of the great majority of the inhabitants

who collectively follow their dictates for fear of violence. Indeed, in this novel, some of the characters look within themselves for past situations that managed to create a community. Thus the town's pastor creates a reforestation project that not only startles the characters out from the leisure and violence that has become entrenched in the town, but also serves as an allegory for a Colombia that today, a few years after signing the peace agreements between the Government and FARC, sees how some of the ex-combatants have found a redemption in their rural origins.

Keywords: peace agreements, agriculture, FARC, *El día señalado*, Manuel Mejía Vallejo, antiviolence.

INTRODUCCIÓN

Cuando se piensa en un corpus de literatura que trate el tema de la violencia en Colombia, tenemos una lista casi interminable, en especial al periodo histórico conocido como La Violencia, el cual se presentó con mayor intensidad entre 1946 y 1953. Esta época ha sido considerada como una de las más sangrientas en la historia de Colombia. Se ha argumentado que La Violencia se debió básicamente a las guerras que se llevaron a cabo entre los dos principales partidos políticos en Colombia: el Conservador y el Liberal. Sin embargo, algunos estudios han cuestionado este argumento y han presentado el conflicto como una guerra con manifestación local diferenciada. Lo intereses de grupos de poder cuyos intereses estaban en el acceso y control de las burocracias locales, la concentración del poder y la acumulación de capital. Es decir, se propone mirar el argumento desde las estructuras políticas locales, regionales y centrales, así como las motivaciones individuales de los actores involucrados en aquella. De este modo, se quiere ver este conflicto con intereses individuales antes que colectivos o políticos¹.

1 Dentro de estos estudios, debe destacarse el realizado por Mary Roldán sobre este periodo en el departamento de Antioquia. Allí se presenta una guerra que ha perdido su objetivo, y sobre la cual ya no se tiene ningún tipo de control por parte de los participantes: "By 1949 it was apparent that Antioquia, like Colombia was a house

Así pareciera verlo el escritor Manuel Mejía Vallejo, quien con su novela *El día señalado* se diferencia de la gran mayoría de los textos que se escribieron sobre este periodo, ya que se adentra en un pueblo y sus personajes. De este modo, se da una perspectiva local y diferenciada. Así mismo, esta novela, por su temática y estilo narrativo, ha sido considerada como una de las más sobresalientes dentro de lo que se considera la novela de La Violencia, al lado de *El Cristo de espaldas* (1952), de Eduardo Caballero Calderón, y *La mala hora* (1962), de Gabriel García Márquez. Este ensayo analizará cómo la guerra interna en esta novela se plasma en una exploración de los modelos del padre, como figura y como base de una autoridad que organiza el espacio nacional. Además, a través de la búsqueda del padre, los personajes encuentran su origen campesino y una posible solución a la guerra interna presente en esta novela de Mejía Vallejo.

El día señalado fue publicada en 1964² y toma lugar en el pueblo ficticio de Tambo, una imagen alegórica de Colombia. Como lo señala María Helena Rueda, esta novela sobresale dentro del gran corpus de las novelas del periodo de La Violencia puesto que, a diferencia de la gran mayoría de novelas de esta época que usan “la narración con propósitos ideológicos, de tal manera que si el autor defendía la causa liberal todos los asesinos eran conservadores y viceversa” (Rueda, 2008, p. 356), Mejía Vallejo deja de lado una guerra partidista y observa el problema de una manera individual y colectiva.

En general, las novelas que hacen referencia a La Violencia se caracterizan por la gran crueldad de los hechos narrados y, además, por una aparente incapacidad del texto mismo de ser una solución al problema narrado, pues los eventos que se intentan relatar en estas novelas son: “hechos irreversibles que siempre preceden y sobrepasan lo que se escribe acerca de ellos” (Rueda, 2008, p. 346). Por esto, si bien el texto

divided. There was no one who could ‘enforce the state’s authority’: not the president, not the governor, not municipal leaders, not disgruntled party members... The very forces that should have represented the principle of order were nothing more than one among a competing array of armed groups, all of whom ultimately answered to private and particular interests and not to the interests of the public” (Roldán, 2002, p. 45).

- 2 Esta novela recibió el prestigioso premio Eugenio Nadal el año anterior, que convirtió a Mejía Vallejo en el primer latinoamericano en recibirlo y representó, además, el mayor reconocimiento al autor antioqueño hasta ese entonces.

literario presenta una visión alternativa de la historia, no es capaz de restituir las injusticias del pasado. Sin embargo, aunque la novela de Mejía Vallejo está llena de hechos brutales, sí puede leerse no solo como una meditación en los modelos de autoridad que han causado parte de la violencia colombiana, sino también como una solución a esos hechos brutales. Por lo tanto, mi argumento se enfoca en que, en *El día señalado*, tanto el origen de la violencia de los personajes como la solución a esta se encuentran en el pasado de sus personajes, lo que son las causas subjetivas de la guerra. Esto se observa al analizar la búsqueda que los dos personajes principales, el forastero y el padre Barrios, hacen de sus respectivos padres.

La obra tiene dos ejes narrativos: uno gira alrededor de un forastero que llega al pueblo y relata lo que piensa y ve, mientras el otro se centra en la vida del padre Barrios, nuevo párroco de Tambo, desde el momento mismo de su llegada. Estos dos ejes nos permiten ver la violencia representada y vivida en los personajes. La voz narrativa oscila entre una tercera persona omnisciente y una primera persona homodiegético³. Las narraciones en primera persona nos dan una mirada individual del conflicto, mientras que la narración en tercera persona nos presenta una perspectiva colectiva más amplia. Según Luis Marino Troncoso, este juego de narradores le permite a *El día señalado* cautivar al lector y prevalecer después de tantos años. Esta cualidad dialógica logra superar el discurso radicado en cuestiones ideológicas para presentar el conflicto a un nivel psicológico y personal:

El narrador en primera persona será bastante objetivante y el de tercera hará introspecciones psicológicas que compensan y aún superan la narración del forastero. Con este doble juego se busca un equilibrio que mantiene al lector dentro y fuera de la mirada superando la dificultad constante en la novela de la violencia que es caer fácilmente en el panfleto y en la dualidad de buenos y malos. (Troncoso, 1986, p. 86)

3 El narrador omnisciente es aquel cuyo conocimiento de los hechos es total y absoluto. Sabe lo que piensan y sienten los personajes: sus sentimientos, sensaciones, intenciones, planes, etc. Por otro lado, el narrador homodiegético (ubicado dentro de la diégesis o historia), es un personaje que asume el papel de narrador y relata desde su perspectiva, por lo cual conoce los hechos desde su propia experiencia, como participante en ellos.

Al igual que lo hiciera Juan Preciado en *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo, el forastero nos cuenta que llega a Tambo no solo para participar en una pelea de gallos, sino también para buscar a su padre con el objetivo de vengar el abandono al que este lo sometió toda su vida. Esta narración nos presenta una violencia individual y psicológica, que es complementada por la narración en tercera persona —ampliada a un nivel colectivo— y facilita el entendimiento de una violencia individual, representada en el hijo abandonado, que reacciona ante una colectiva representada por Tambo y sus habitantes. De esta manera, se puede ver cómo las manifestaciones de la individualidad son el resultado de los hechos sociales desde la acción del individuo, es decir, por más individuales que estas manifestaciones sean, también hay un carácter colectivo y una influencia del sistema social.

Se puede afirmar entonces que la violencia tanto física como verbal se origina primero individualmente, como el resultado de una paternidad defectuosa, del odio del hijo abandonado, para luego llegar a una colectiva —o política— conformada por temores o búsqueda de objetivos similares. De esta manera, en *El día señalado* los personajes violentos se desarrollan por factores externos, es decir, se siembra en ellos una violencia que proviene, en gran parte, de un sistema social excluyente, que no permite la participación de todos en una comunidad. Esto puede afirmarse dado que toda guerra y violencia comienza por una exclusión. En otras palabras, todos son hijos abandonados, desheredados. Es así como Mejía Vallejo agrega otra dimensión a la violencia: una personal y humana. Así notamos que para los habitantes de Tambo no hay otra salida que vivir dentro de la violencia, pues, como lo afirma el padre Barrios, “¿qué otra cosa sino la violencia podría crecer en pueblos al estilo de Tambo?” (Mejía Vallejo, 2002, p. 190).

Partiendo de este hecho, se puede observar que, desde el nombre mismo del pueblo: Tambo, cercano a la palabra “tumba”, reina un ambiente de muerte. Este sentimiento crece diariamente por la situación geográfica del pueblo debido a que se encuentra rodeado de montañas y es amenazado constantemente por un volcán activo. Es así como la presencia de este último y el calor permanente contribuyen a crear una atmósfera de muerte y desolación, donde los habitantes se sienten amenazados no solo por ellos mismos, sino también por la geografía del lugar representada en una inminente erupción. Por este motivo, los habitantes no tienen esperanza alguna:

“Es malo el calor en este pueblo... Todo es malo: la tierra, las personas...” (Mejía Vallejo, 2002, p. 15), de modo que percibe a Colombia como la alegoría de un volcán social. Así mismo, Mejía Vallejo nos muestra que los conflictos ideológicos se despliegan a un nivel personal y son distintos, a pesar del discurso que se emplea para representarlos.

En *El día señalado*, Mejía Vallejo expone un espacio dominado por el gamonal, el cual no representa un orden estructural, sino que es una corrupción de este. En lugar de instaurar un sistema de leyes que se aplican a todos, su poder no conoce límite, es arbitrario y domina a los habitantes a través del miedo y el desespero. Este sometimiento se logra involucrando a los personajes directamente con la violencia, donde ninguno llega a encarnar un sistema de leyes, como es el caso del gamonal mismo, el ejército y los guerrilleros que viven en la montaña. Además, al ser la violencia cíclica, la mayoría de los habitantes aceptan por temor la violencia y siguen lo dictado colectivamente.

En su estudio sobre la novela contemporánea en América Latina, Susan Carvalho analiza cómo los espacios son usados para manipular a los personajes que habitan en ellos, y de este modo lograr mantener un orden establecido. Carvalho destaca cómo los protagonistas de los textos analizados en su libro desean rebelarse contra ese espacio opresor, deben reinventarse (Carvalho, 2007). Por lo tanto, aquellos personajes que no siguen las reglas impuestas en el espacio corrompido por el gamonal son marginalizados, exiliados o fragmentados. De esta manera, se resalta el poder autoritario y hegemonía del gamonal sobre las estructuras locales de orden y poder. Por esto, Carvalho afirma que, al imponer su ley, la figura de autoridad puede separar o unir a sus habitantes, por lo cual aquellos que aceptan y respetan las normas del espacio se sentirán cómodos en él, pero aquellos que no lo hagan serán expulsados o asesinados. De esta manera se configuran los grupos de poder. Así, entonces, el forastero y el padre Barrios encuentran en Tambo un pueblo sumido en el temor y la violencia. El forastero, con su sed de venganza, encaja con aquellos que respetan las normas y actúan violentamente, mientras que el padre Barrios no se une a bando alguno y se rebela contra un espacio que normaliza la violencia, e intenta transformarlo.

Por lo tanto, podemos estudiar *El día señalado* como una búsqueda del padre, ya que los personajes llegan a Tambo prácticamente al mismo momento, pero con objetivos aparentemente diferentes. Así, esta novela tiene dos modelos de padre: el sacerdote que trae una agenda aparentemente basada en el Concilio Vaticano II⁴, y el gamonal que representa lo que ha sido la tradición violenta en el pueblo.

El padre Barrios llega a Tambo como nuevo párroco para reemplazar al padre Azuaje, del cual se diferencia desde el comienzo. Su relación con Dios y con sus feligreses contrasta con la que reinaba en el pueblo antes de su llegada. Él no juzga de manera diferente a guerrilleros y soldados. Defiende a los primeros ante El Cojo Chútez —gamonal del pueblo— cuando le cuestiona la manera como él y su banda atacan a los habitantes del pueblo: “Están haciendo de ellos fieras acorraladas, criminales también en garras del diablo... destruye[n] cuando se le arrebatan, cuando se siente[n] amenazado[s]” (Mejía Vallejo, 2002, p. 71). Por este motivo, muchos en el pueblo lo llaman “enemigo del Gobierno” y lo catalogan como “guerrillero ensotado” (Mejía Vallejo, 2002, pp. 191-192). De manera similar, el padre Barrios defiende a los soldados cuando un habitante del pueblo los tilda de asesinos:

¿Asesinos los soldados? Parte del podrido engranaje, nada más. Las instituciones vuelven a los hombres demasiado evidentes, en vez de hombres con otras dimensiones, los hacen confundir con la función que desempeñan o con la que se les atribuye: un cura, un militar. Pero no hay seres demasiado obvios, no hay seres... Si te reclutaran y uniformaran, enterrador, harías lo mismo. Carne de pueblo, mal dirigida. Ordenes inflexibles que olvidan la condición humana. Sistemas que... (Mejía Vallejo, 2002, p. 32)

Así se puede notar que el sacerdote observa el problema de la violencia desde una perspectiva más amplia que el resto de los personajes; entiende que es algo mucho

4 Este concilio, considerado como uno de los eventos históricos que marcaron el siglo xx, fue convocado por el Papa Juan XXIII en 1959 y clausurado por su sucesor Pablo VI en 1965. Entre otras cosas, el Concilio pretendió lograr una renovación moral de la vida cristiana, además de proporcionar un diálogo con el mundo moderno a través de un lenguaje más conciliatorio (Pablo VI, 1965). En América Latina, la manifestación real de este concilio es lo que se conoce como la postura social de la Iglesia, la cual se materializa con la fundación de la teología de la liberación.

más complejo que simplemente pertenecer a un bando o a otro. Él cree que el conflicto en el pueblo se sale de Tambo, es decir, es una situación que debe ser analizada tanto individual como colectivamente. De este modo, a través del padre Barrios, Mejía Vallejo presenta lo que, para él, es la estructura de la violencia. Por lo tanto, al entender la violencia, el sacerdote comprende la reacción de los guerrilleros, pues los han convertido en “fieras acorraladas”; igualmente, no culpa las acciones de los soldados, ya que son “carne de pueblo, mal dirigida”. Es así como él sabe que este tipo de conflicto no sucede sólo en el pueblo pues la problemática de Tambo es:

El mismo fenómeno de otros sitios. En un principio fue el miedo concreto al matón, a la pandilla, al Ejército, a los guerrilleros. Pero cuando estas cosas dejaron de ser ellas mismas por haberse multifurcado, el miedo se convirtió en angustia: era ya el temor ante cosas cuya causa desconocían y cuyo remedio no estaba en sus manos. (Mejía Vallejo, 2002, p. 19)

Inicialmente, el padre Barrios piensa que el problema de Tambo “no estaba en sus manos” y que no tenía solución alguna. Sin embargo, en la búsqueda de su padre, el párroco logra unir a la gran mayoría de Tambo en un proyecto reforestador, que será a su vez purificador. Por lo tanto, reviviendo su pasado, el sacerdote regresa a su trabajo con la tierra, vuelve a su niñez y, por ende, al tiempo que vivió con su padre: “Olor de tierra, eso recordaba. De tierra seca en los veranos, de tierra mojada en los meses de lluvia. Y entre el olor de la tierra la voz labriega de su padre” (Mejía Vallejo, 2002, p. 57).

El sacerdote describe a su padre como un hombre humilde con aspiraciones simples, muy campesinas: “Nunca vio a nadie como él, tan hombre y tan de la tierra. Su mujer, sus hijos, su maizal, sus matas de café y cabuya, el perro, el macho, hacían de su mundo un mundo bueno” (Mejía Vallejo, 2002, p. 58). Así, el párroco recuerda que, aunque su padre fue el primero en llegar a la cordillera, él nunca fue ambicioso y hace suyo solo un poco del terreno. Asimismo, su padre, pese a los muchos contradictores que se burlaban de él por sus ideas de querer dar trabajo a muchas personas, consigue que su comunidad siembre penca para luego vender la cabuya a una fábrica de tejidos de fique.

El sacerdote se encuentra a sí mismo en su padre y trata de seguir sus pasos. Por eso, comienza su proceso desde el sacramento de la confesión. El antiguo párroco lo usaba como una forma de reprender a sus feligreses, exteriorizando su poder e imponiendo su propio orden. En cambio, las confesiones con el padre Barrios ofrecen un diálogo y, en lugar de reprender, el sacerdote sirve como consuelo, lo que refleja una mentalidad más acorde a la teología de la liberación que se mencionó previamente. Además, el padre Barrios cambia las penitencias impuestas por el anterior párroco. En lugar de pedir a sus feligreses oraciones por sus pecados, él les pide que participen en la reforestación de Tambo como proyecto redentor no solo para la tierra desértica del pueblo, sino también para el alma de los habitantes⁵. De este modo, el sacerdote, con la agricultura y su pasado campesino, trae a Tambo una antiviolencia, la cual no solo estaría sacando al pueblo del ocio que mantiene la violencia, sino que también le da una redención a sus habitantes, los integraría en una comunidad⁶. Con esta invitación a la tolerancia, el padre Barrios logra que el Cojo regale a la comunidad uno de sus terrenos, el único comprado honradamente. Consigue que el enterrador cave hoyos sin rencor, no para muertos sino para semillas que darán vida. Une a la mayor parte del pueblo en una sola causa, la siembra de pencas y de árboles⁷.

Luego de una jornada de siembra, el padre Barrios se sentó junto con algunos de los habitantes de Tambo a esperar a que lloviera y que uno de los sinsontes, pájaro característico de la región, se asentara en los árboles recientemente sembrados. Mientras esperaba, el sacerdote recordó cómo su padre estuvo en una situación similar muchos años antes, cuando este gritó alborozado al ver por primera vez en sus cultivos: “un sinsonte columpiarse en el maguey, cantando al viento que soplabo recio en la altura” (Mejía Vallejo, 2002, p. 194). Los gritos de las personas hicieron que el sacerdote dejara sus recuerdos y viera cómo el tan esperado sinsonte se asentara en uno de los nuevos árboles. Entonces él corrió a tocar las campanas con todas sus fuerzas, fue entonces cuando “las campanas tocaron a gloria en la aldea de Tambo”

5 El simbolismo de los árboles es evidente en este libro. En el jardín del Edén existían dos árboles: el de la vida y el de la ciencia. Tambo, al parecer, no tiene ni el uno ni el otro.

6 En el texto *Orinoco ilustrado y defendido* de Joseph Gumilla, cuando se habla de los primeros cafetos sembrados en Colombia (específicamente en la región de los Santanderes), se hace de una manera similar a *El día señalado*, ya que el padre Francisco Romero, como penitencia, ponía a sus feligreses a sembrar los árboles del café.

7 Se puede encontrar una relación con la temática de *Gobernadores del rocío* (1944) del haitiano Jacques Roumain.

(Mejía Vallejo, 2002, p. 194). De esta manera, el sacerdote impone su lógica ya que ha cambiado el espacio al que llegó invadido por violencia y, en su búsqueda al padre, transforma a Tambo en un lugar en el cual se siente “la gloria”.

Esta redención que logra el padre Barrios a través de la agricultura podría asemejarse, en cierta medida, al primer acuerdo que se logró en la mesa de conversaciones de La Habana “Reforma rural integral: hacia un nuevo campo colombiano.” Este tratado de paz fue firmado el 24 de agosto de 2016 por el Gobierno colombiano y el grupo revolucionario Farc. El propósito con esta primera reforma es: “... dar bienestar a quienes habitan el campo, como una condición necesaria para construir un país en paz [y generar] planes para fomentar la economía familiar y solidaria, y para facilitar la comercialización de los productos campesinos al acercar al productor con el consumidor” (Oficina del Alto Comisionado para la Paz, 2013).

Continuando con *El día señalado*, el segundo modelo de padre, el patriarca que impone su poder al espacio, se encuentra en la narración en primera persona. Como ya se mencionó, el forastero llega al pueblo buscando al hombre, quien, después de dejar a su madre embarazada, le entregó un gallo y le dijo: “Dejo al cuatroplumas en prueba de que volveré” (Mejía Vallejo, 2002, p. 24). Al no cumplirse nunca esta promesa, el forastero desde que tiene memoria ha jurado: “*El día señalado* nos veremos frente a frente, y morirá” (Mejía Vallejo, 2002, p. 23).

En cuanto a este tipo de patriarcas, Octavio Paz ofrece una mirada del sujeto masculino violento y señala que América ha sido una mujer india y una mujer negra, madres solitarias que con sus manos se ocupan de los hijos que en la soledad preguntan por sus padres (Paz, 1997, pp. 59-60). Es entonces cuando puede verse cómo en gran parte de la literatura latinoamericana se encuentra al hombre solo en busca de su padre, y es esta soledad, ese afán de venganza que formará a ese ser violento que existe dentro del forastero⁸. Luis Marino Troncoso relaciona esta búsqueda del personaje como una manera de intentar encontrar sus propias raíces:

8 Esta soledad que se vive en Tambo nos recuerda la soledad que reina en *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez. Esta novela nos narra la historia de los Buendía a través de siete generaciones en el pueblo

Aquí [en *El día señalado*] aparece un tema básico: la búsqueda del padre... toda novela grande plantea la búsqueda del padre. Recuerden *Ulises* de Joyce, *Pedro Páramo*, *La muerte de Artemio Cruz*, *Sobre héroes y tumbas*, *Adán Buenosayres* y muchos más. Estoy convencido de que la gran novela siempre plantea la búsqueda del padre: de maneras diferentes, con anécdotas distintas y diversas situaciones, porque la búsqueda del padre corresponde a una búsqueda profunda filosófica del hombre, es la búsqueda de sus raíces... es la añoranza de un Dios. (Troncoso, 1990, p. 61)

Aunque el argumento de Troncoso puede ser válido, este puede verse más como una meditación de una ley, un estado de derecho en lugar de una añoranza de Dios. Con esta narrativa de trasfondo, se encuentra el forastero, quien ha centrado su vida buscando, con gran rencor, a su padre. Él quiere vengarse por lo que este hizo no solo a aquel, sino también a su madre. Siente un odio que le llena todo su cuerpo, pero a su vez le “cansaba los ojos” (Mejía Vallejo, 2002, p. 21). Sin embargo, a pesar de su cansancio, seguiría buscando al padre hasta encontrarlo, porque él estaba marcado de la misma manera que los gallos, los cuales “nacen para matar o morir peleando” (Mejía Vallejo, 2002, p. 23). De este hombre rencoroso que llega a Tambo, solo se sabe de su aspecto físico cuando, estando en la plaza, un niño se refiere a él como “gigante” (Mejía Vallejo, 2002, p. 105).

A diferencia del padre Barrios, el forastero es distante de los habitantes de Tambo y su comunicación con ellos es mínima, es principalmente un observador. Pasa la mayor parte del tiempo en la cantina El Gallo Rojo hablando con Marta, la mesera e hija del dueño de la tienda. Con este personaje se observa nuevamente el simbolismo en los nombres de la novela, gracias a que es muy similar a “mártir”, lo que se refiere a la vida que ha tenido esta mujer: su novio fue asesinado por el ejército al comienzo de la novela y su hermano está en constante peligro al ser parte de la guerrilla.

A través de los diálogos entre Marta y el forastero, se pueden reconocer dos respuestas contrapuestas a una misma violencia. En primera instancia, el segundo, quien ha

imaginario de Macondo. Este pueblo, aislado de la modernidad, parece predestinado, como los integrantes de la familia Buendía, a la soledad.

crecido con odio toda su vida viendo el sufrimiento de su madre ante el abandono de su padre. Es así como él llega a Tambo en busca de venganza. Por otro lado, se tiene a Marta, quien ha visto a su padre ser chantajeado tanto por el Sargento Mataya, como por los hombres del Cojo; de igual manera ha vivido la violencia cuando su novio fue asesinado por el ejército. Sin embargo, a diferencia del forastero, ella no busca ningún tipo de retaliación:

—Pudimos habernos vengado —dijo.

—¿Por qué no se vengaron?

—Porque así nunca se acaba, porque me da miedo, porque ya no importa... Los de allá [el páramo] contra los de aquí, los de aquí contra los de allá. Todos los días inventamos motivos. (Mejía Vallejo, 2002, p. 65)

La actitud de Marta podría relacionarse con la de los habitantes de las zonas y departamentos en donde ha sido mayor el desplazamiento forzado en las últimas décadas en Colombia. Durante el plebiscito del 2 de octubre de 2016, en el cual se votaba si se apoyaba o no los acuerdos firmados con las Farc en La Habana, las personas de estas regiones se pronunciaron a favor del Acuerdo Final (González, 2016).

Marta, a pesar del dolor causado por esta muerte, reacciona evitando el proceso cíclico a que llevaría su venganza. Por el contrario, el forastero sí quiere vengarse de su padre. Él no piensa no solo en lo que acarrearían sus acciones, ni aún peor, en convertirse en otro igual a su padre. De esta manera, se enfatiza cómo la violencia puede convertirse en algo repetitivo si alguien no detiene el ciclo.

Marta, además de ser un personaje pacífico, transmite este sentimiento a quienes se encuentran a su alrededor. De esta manera, poco a poco, el trato entre ella y el forastero se va haciendo más cercano y comienza a transformar a este hombre violento que llegó al pueblo con un único objetivo. Así, puede verse un paralelismo en ambas narraciones de la obra. Por un lado, el narrador en tercera persona presenta

al padre Barrios influyendo la antiviolencia en el Cojo Chútez, mientras que en la narración en primera persona es Marta quien influye esa antiviolencia en el forastero.

Marta, desde sus primeros diálogos con el forastero, nota el aparente sufrimiento que él siente a raíz de su odio: “Mira como si sufriera mucho. También huele el sufrimiento”. Posteriormente le dirá: “Me da miedo esa manera de mirar” (Mejía Vallejo, 2002, p. 66). A raíz de los sentimientos que le transmite la mujer y la manera como ella cuestiona la violencia, el forastero comienza a mirarse a sí mismo y a dejar un poco de lado esa sed de venganza. Al escuchar a Marta, él percibía que “su voz tenía acento de súplica. Para que no matara, para sonreír sin nada amargo detrás de la sonrisa... Olvidé al desconocido que bamboleó el destino de mi madre, que hizo tambalear mi destino de hombre que nació para la venganza”. Posteriormente él sonreirá para ella y descubrirá una sensación que hasta aquel momento nunca antes había sentido: “La tibieza en los labios era como un nuevo sabor” (Mejía Vallejo, 2002, p. 137).

De esta manera, a través del diálogo y el intercambio de sonrisas que tiene con Marta, el forastero parece dejar a un lado ese odio y afán de venganza que ha tenido desde que tiene memoria. Esto sucede ya que cuando está con ella, no piensa en el daño que le hizo su padre al abandonar su familia, sino que lo deja en el pasado: “Olvidé el cuchillo y los puños y la sombra fantasma del desconocido. Creí sentir brisa entre las cañas” (Mejía Vallejo, 2002, p. 138). Marta pareciera lograr sacar al forastero de ese espacio lleno de violencia en el que este hombre ha pasado toda su vida. De este modo el forastero, a su manera, se enamora de ella:

Hasta muchos años después mis ojos recordaron la pelusilla de su cuello, mis manos recordaron sus senos brincones, mis oídos recordaron su queja amorosa. Y sus cortas exclamaciones, y su vergüenza, y los hoyuelos en sus rodillas, como si sonrieran. Tenían un vello suave los muslos, sobresalían las venas de su garganta, sus dedos arrancaban hojas de caña y espartillos secos... (Mejía Vallejo, 2002, p. 139)

Sin embargo, aunque podría pensarse que Marta crea una desviación de la narrativa de la venganza, su actitud pacífica se pierde cuando llega a El Gallo Rojo. Allí se

encuentra frente a frente con el hombre que ha estado buscando toda su vida: ‘El Cojo’ Chútez.

Algo cojeó en mí al comprender que era el desconocido a quién busqué durante doce años, a quién aguardó mi madre desde una ventana más honda cada día contra el camino sin pasos de regreso... Mis manos se volvían puños bajo el poncho. Todo en mí era venganza en acecho. Un sentimiento de odio total me sofocaba: odiaba al hombre, odiaba su voz, sus ademanes, su cojera, el zurriago nudoso, la atmósfera de que se rodeaba; odié las botas, el paso trunco, el pueblo que lo veía día y noche. Me odié a mí mismo por odiarlo, odié a mi madre por haber sido su víctima, y porque nunca dejó de esperarlo. Cojo y alto. Para encontrarlo, una vida entera. (Mejía Vallejo, 2002, p. 169)

El forastero, con un odio revivido, confronta al Cojo con su gallo Aguilán. Apenas este último ve el gallo, reconoce en él al que alguna vez dejó a una mujer prometiéndole volver. Mientras preparaba a su gallo para la pelea, el forastero se llenaba cada vez de más rencor recordando las muchas veces que su madre se quedaba mirando a través de la ventana esperando al hombre que nunca volvió. Al comenzar la pelea, la batalla entre padre e hijo se desplaza a los gallos. Mientras el forastero se prepara para asestar el golpe contra el hombre que le arruinara su vida, comienza a cuestionar sus motivos: “Mi cuchillo buscaba dirección. Al frente estaba el culpable. ¿Culpable de qué? —llegué a preguntarme—. ¿De ser hombre?” (Mejía Vallejo, 2002, p. 240). Es entonces cuando, justo antes de que Aguilán derrote al gallo del Cojo, el forastero tiene su reflexión final:

Pero de pronto en el Cojo no vi más que un hombre, solo un hombre, también desamparado, sin más camino que la muerte... Lo supuse cercano a mí, con sus angustias. También él vivió trago a trago la vida, resistió el contragolpe de sus propias acciones, el sabor a ceniza de cada jornada. También a él le gustaría el olor de la madera, el canto de los sinsontes, los campos sembrados después de la lluvia... Y también él tendría que morir... ¿Debería yo matarlo? A veces me he preguntado si la crueldad se mantiene en mí, pero creo que

jamás he abusado de mi fuerza y hasta sonrío con tristeza si me siento fatigado y contemplo los brazos fuertes. (Mejía Vallejo, 2002, p. 242)

El forastero, en su padre, parece encontrar su propio destino, y por esto deja de lado su odio. Así encontramos una perspectiva de la crítica al patriarcalismo estructural. Se puede decir esto porque el forastero estuvo esperando toda su vida a que llegara *el día señalado*, día en el que mataría a su padre y vengaría todas las tristezas que por culpa de este hombre tuvieron que sufrir tanto él como su madre. Pero este *día señalado* se convirtió en uno muy diferente al cual él había planeado toda su vida. En este día, en lugar de usar su odio para vengarse, sonrío ante una mujer que lo hizo sentir sensaciones nunca antes vividas; este día vivió cosas que lo llenaban de felicidad y se cuestionó esa violencia con la cual él había crecido:

Yo sé que mis manos están contentas cuando se hunden en los arroyos, cuando soban la piel de los caballos. Me estragaba tanta crueldad. Revólveres, puñales, espuelas... ¡Maldita la gracia de vivir! Pensé que para no tener piedad es necesario ver de lejos al hombre, verlo en la masa. Por eso sentí una rabiosa compasión por los seres caídos. Y el Cojo era uno de ellos. (Mejía Vallejo, 2002, p. 242)

Así, el forastero descubre que matar a otro es matarse a sí mismo y, de este modo, la resolución del conflicto del forastero es diferente a como él había soñado su *día señalado*. Por lo tanto, después de que Aguilán está encima del cuerpo muerto del otro gallo cantando su victoria, el forastero toma su gallo, clava en la arena el cuchillo con el cual había planeado matar a su padre y abandona la gallera decidido a dejar el pueblo. En su camino se encuentra con Marta, a quien le entrega el gallo ganador, y le dice: “Aquí dejo este gallo en prueba de que volveré. Es de la mejor raza” (Mejía Vallejo, 2002, p. 242). Con esta frase cierra su ciclo y da comienzo a otro que probablemente se convertirá en una repetición del que fuera el suyo, y que Óscar Ramos plantea como una futura venganza:

[...] Sobre el libro se abate la pesadumbre de que ese hijo que ya ha perdonado recomienza la repetición de su propia historia. Deja a Marta después de

haberla poseído y le encomienda el gallo, tal como lo hizo a su madre un día lejano aquel otro hombre. Algo lógico se rompe y algo ilógico se arma en este desenlace: es una misma persona la que de pronto se ve incapaz de cumplir una venganza alimentada por tanto tiempo, y que a la vez entierra la simiente de otra venganza futura. (Ramos, 1972, p. 92)

De este modo, aunque el forastero perdona la vida a su padre, continuará con el abandono al que fue sometido y su propio hijo crecerá preguntando por su padre, como lo hizo él y como, muy probablemente, también lo hizo el Cojo. Así, se corrobora lo señalado por Octavio Paz (1997).

A pesar de la crueldad de los hechos narrados, *El día señalado* es una novela que gira alrededor de la noción de paternidad y, con esta, la agricultura. Aquí tenemos dos conceptos de padre: el que abandona, el que causa la violencia, y el que viene a restaurar el estado idílico a través de la redención. Por lo tanto, más que pesimista o cruel, esta novela muestra que existen soluciones a la violencia expuesta en sus páginas. Mejía Vallejo invita a mirar el pasado, en especial el pasado agrario y encontrar en él la vida pacífica que conlleva una comunión con el campo; de manera similar, nos plantea un diálogo, una tolerancia similar a la propuesta por Héctor Abad Gómez, en su libro póstumo *Manual de tolerancia* (2007).

En este texto, Abad Gómez entiende la violencia como un síntoma de la situación que sufre el país, de males sociales profundos como la injusticia, la pobreza, el rechazo, y no como un elemento necesario para el establecimiento del Estado y la preservación de este, como se observa en *El día señalado*. Así, Abad Gómez plantea una diferente postura hacia la violencia existente:

Tratar de acabar la violencia con “otra violencia”, es como pretender curar una enfermedad con otra enfermedad. Esto es lo que hemos venido haciendo —sin éxito, por supuesto— durante casi doscientos años de historia colombiana... Porque no es matando guerrilleros, o policías, o soldados, como parecen creer algunos, como vamos a salvar a Colombia. Es matando el hambre, la pobreza,

la ignorancia, el fanatismo político o ideológico, como puede mejorarse este país. (Abad Gómez, 2007, pp. 72-73)

Al hablar de violencia, debe pensarse como una problemática que viene desde los primeros años de la nación colombiana y que, a pesar de haber sido publicada hace más de cincuenta años, *El día señalado* aún mantiene una gran validez. Mejía Vallejo invita a buscar en el pasado estrategias para contrarrestar la violencia, y en esta novela se alcanza a través de la búsqueda del padre. Allí, los personajes se encuentran con un pasado agrícola que no solo los saca del ocio y del rechazo del uno por el otro, sino que los hace crear una comunidad.

Dentro de las implementaciones de los acuerdos de paz firmados por las Farc y el Gobierno colombiano, se han logrado algunos avances en la parte agrícola. Este es el caso de unos campesinos en el departamento de Nariño, quienes han podido volver a cultivar y comercializar hortalizas en una región que fuera testigo de la violencia y el terror que reinaban en décadas pasadas (El lugar de Colombia..., 2019).

Con la firma de los acuerdos de paz en noviembre de 2016, además de permitirle a los campesinos volver a sus tierras pasado, muchos de los ex miembros de la Farc se han reinsertado a la vida nacional, y algunos de ellos han vuelto a sus orígenes rurales. Así fue como un grupo hizo parte de una expedición biológica en uno de los bosques tropicales húmedos del departamento de Antioquia, una región que tuvo alta presencia guerrillera. En esta expedición, los científicos valoraron el trabajo de estas personas:

Propusimos trabajar con los excombatientes y con otros actores de la comunidad, como campesinos y líderes comunitarios, pero no como auxiliares o guías. Buscamos que fueran coinvestigadores del proyecto. El conocimiento que tienen de su territorio, de los animales y de las plantas es muy valioso. (Casas Mogollón, 2019)

En esta novela, Mejía Vallejo revive un pasado más elemental para así poder contrarrestar la violencia que ha azotado a Tambo por muchos años. Este pasado

agrícola, rescatado por el autor antioqueño, no solo muestra la vigencia de *El día señalado*, sino que también nos sirve como una seña de identidad para lo que se ha intentado hacer en el posconflicto y la implementación de los acuerdos de paz, en la que se busca que tanto los excombatientes, como los habitantes de las regiones más afectadas por la guerra, puedan volver a lo que fueron antes de ser parte del conflicto. Así, al reintegrarse a una comunidad, y dejar de ser excluidos, será más fácil salir del círculo vicioso que ha sido la violencia en Colombia.

REFERENCIAS

- Abad Gómez, H. (2007). *Manual de tolerancia*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Carvalho, S. (2007). *Contemporary Spanish American novels by women: mapping the narrative*. Rochester, NY: Tamesis.
- Casas Mogollón, P. (2019, 7 de mayo). De guerrilleros a coinvestigadores en expedición biológica en Antioquia. *El Espectador*. Consultado en <https://www.elespectador.com/colombia2020/territorio/de-guerrilleros-coinvestigadores-en-expedicion-biologica-en-antioquia-articulo-857952?sfns=mo>.
- El lugar de Colombia en donde la lechuga le ganó a las balas. (2019, 12 de julio). *Las2Orillas*. Consultado en <https://www.las2orillas.co/lugar-colombia-donde-la-lechuga-le-gano-las-balas/>.
- González, C. (2016, octubre). *El resultado del plebiscito en cifras y mapas*. Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz. Consultado en <http://www.indepaz.org.co/el-resultado-del-plebiscito-en-cifras-y-mapas/>.
- Gumilla, J. (1963). *El Orinoco ilustrado y defendido*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Mejía Vallejo, M. (2002). *El día señalado*. Bogotá: Plaza & Janés Editores.

Oficina del Alto Comisionado para la Paz. (2013, 26 de mayo). *Acuerdo Política de desarrollo agrario integral*. Consultado en <http://www.altocomisionadoparalapaz.gov.co/Paginas/PageNotFound.aspx?requestUrl=http://www.altocomisionadoparalapaz.gov.co/Documents/informes-especiales/abc-del-proceso-de-paz/politica-de-desarrollo-agrario-integral.html>.

Pablo VI. (1965). Declaración *dignitatis humanae* sobre la libertad religiosa. Consultado en http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decl_19651207_dignitatis-humanae_sp.html.

Paz, O. (1997). *El laberinto de la soledad*. New York, NY: Penguin Books.

Ramos, O. G. (1972). *De Manuela a Macondo*. Bogotá: Biblioteca Colombiana de Cultura.

Roldán, M. (2002). *Blood and fire: La Violencia in Antioquia, Colombia, 1946-1953*. Durham, NC: Duke University Press.

Rueda, M. H. (2008). Nación y narración de la violencia en Colombia (de la historia a la sociología). *Revista Iberoamericana*, 223, 345-359.

Troncoso, L. M. (1986). *Proceso creativo y visión del mundo en Mejía Vallejo: un acercamiento al proceso cultural antioqueño*. Bogotá: Procultura.

Troncoso, L. M. (1990). Proceso creativo y visión del mundo en la obra de Manuel Mejía Vallejo. En *La Tierra soy yo: compilación de textos sobre la obra de Manuel Mejía Vallejo* (pp. 55-66). Bogotá, Colombia: Fundación Tierra de Promisión.

